

nos separemos—dijo la joven estremeciéndose—porque mi madre me llama.» Estas palabras me produjeron cierta angustia que me oprimió el corazón y quise abrazar una vez más á la joven; mas la voz argentina repitió de nuevo: «¡Annunziata!» y mi salvadora desapareció. Desde aquel día, Margarita, el amor depositó su primer germen en el fondo de mi corazón; es un fuego que se alimentaba secretamente y que ahora me abrasa como un incendio. Pocos días después de aquel encuentro fui arrancado de la casa de Bertuccio Nenolo; el anciano Blaunas me aseguró que aquella angélica visión era la hija de Nenolo; Annunziata fué conducida un día á la quinta de Trevisa por su madre Francisca y volvió á marchar al día siguiente. ¡Oh Margarita! que Dios me proteja. ¡Esa Annunziata que yo amo con delirio es la esposa del Dux!

Al llegar aquí, la emoción ahogó la voz de Antonio, que volvió á caer en su lecho sollozando.

—¡Pobre Tonino!—replicó la anciana.—Ten valor; es preciso luchar esta vez contra esta dolorosa locura. Y además, ¿por qué desesperar? ¿No se desarrollan hasta lo infinito para los amantes las flores de oro de la esperanza? ¿Quién puede saber lo que nos traerá el día de mañana? ¿Cuántas veces las ilusiones soñadas se han convertido en realidades! ¿Cuántas veces el castillo fantástico mecido por las nubes, tomó tierra y se convirtió en una mole de granito! Escúchame, Tonino, y acuérdate de mi predicción: ¡la blanca bandera del amor se ha desplegado sobre las olas y avanza á tu encuentro! ¡Paciencia, hijo mío, paciencia!...

La buena Margarita se esforzaba así para mitigar un poco la pena del desconsolado Antonio; sus afectuosas palabras eran para él como una dulce música, y no quiso ya separarse de la anciana.

Desde aquel día, la mendiga del atrio de los Franciscanos fué la preceptora de Antonio; un traje de ma-

trona sustituyó á los andrajos, y Margarita se pavoneaba con orgullo siempre que debía cruzar la plaza de San Marcos para evacuar sus diligencias.

El jueves lardero llegó por fin, el último y mejor día del Carnaval de Venecia; en medio de la plaza de San Marcos habíanse preparado fuegos artificiales por un griego muy sabio en el arte tan poco conocido aún de la pirotecnia; y á la caída de la tarde, Faliero condujo á su esposa al trono levantado para ella en uno de los terrados del palacio ducal. La maravillosa belleza de Annunziata sedujo á cuantos la vieron, y fué el asunto de todas las conversaciones. En el momento en que el Dux iba á sentarse, divisó á Miguel Steno, de pie, apoyado contra una columna á pocos pasos de él, altiva la frente y fija la mirada en Annunziata, con una singular expresión de odio y de deseos. Faliero dió orden para que se retirase de aquel sitio, y Steno le dirigió una mirada amenazadora; pero los guardias se lo llevaron al punto, obligándole á salir del palacio.

Volvamos ahora á nuestro héroe Antonio. El pobre joven, huyendo de la multitud, recorrió tristemente la orilla del mar, y preguntábase á cada momento si no sería mejor terminar sus días que vivir sin consuelo ni esperanza. Acababa de llegar á la extremidad del muelle, á un sitio donde el agua era negra y profunda, cuando una voz le gritó alegremente:

—¡Bien venido, compadre Antonio!

Era Pedro el marinero, uno de los antiguos compañeros del joven: este personaje iba muy engalanado con una casaca nueva adornada de trenzas de todos colores; llevaba el sombrero muy brillante á fuerza de oropeles, y tenía en la mano un enorme ramo de flores.

—¿Qué buena fortuna te trae por aquí?—preguntó el joven—¿has de conducir por ventura esta noche á algún rico señor por las lagunas?

Por toda respuesta, Pedro hizo una cabriola en su esquife, y después dijo alegremente:

—Yo soy el que esta noche hará el peligroso viaje por el cable que baja desde la torre de San Marcos; yo soy quien ofrecerá de aquí á un momento á la bella esposa del Dux el ramo de flores.

—¡Bah!—repuso Antonio—¡Vaya una ocurrencia! ¿Por qué te has de exponer en esta ocasión á romperte los huesos?

Al decir estas palabras, el esquife había llegado junto á la máquina, delante del cable que se sumergía en el agua.

—Compañero—añadió Antonio con aire pensativo—¿no te agradaría más ganar un buen puñado de cequíes sin arriesgar tus huesos en tan loca aventura?...

—¡Sí, ciertamente que sí!—exclamó Pedro—mas ya ves que es preciso ganar el pan.

—Pues bien—prosiguió Antonio, entregándole su bolsa:—toma este oro, dame tu traje de marinero y véte. Yo soy quien hará la fantástica excursión.

—¡Mil gracias!—contestó el gondolero;—ahora conozco que sois un rico señor y vuestra generosidad me conmueve; agrádame el oro, y este me parece de muy buena ley; pero ¿creéis que la satisfacción de ofrecer á la esposa del Dux este ramo de flores, y de contemplar sus encantos, oyendo su dulce voz, se puede pagar con nada? ¿Quién no arriesgaría por esto mil veces su vida? Preciso era que fuérais vos para que yo consintiese en cederos esta satisfacción.

—¡Apresurémonos pues!—interrumpió Antonio.

En un momento se cambiaron los trajes, y apenas acababa Antonio de vestirse, hizose en la torre de San Marcos la señal de la ascensión.

—¡En marcha, y buena suerte!—gritó Pedro á su antiguo amigo, que debía ocupar su puesto en la barquilla suspendida. En el mismo instante, brillaron en

la superficie del mar mil relámpagos de todos colores, y ruidosas y repetidas detonaciones despertaron todos los ecos. El intrépido Antonio atravesó el diluvio de llamas, y llegado á la cima de la torre introdujose en la barquilla, tocó un resorte y bajó con la rapidez del rayo hasta el nivel del terrado, á dos pasos de la esposa del Dux. Ninguna palabra podría expresar lo que en aquel momento pasó en su alma; al ofrecer el ramo á la hermosa Annunziata ésta se levantó, murmurando algunas dulces palabras; pero el esquife continuó su curso, deslizándose á lo largo del cable, y fué á depositar á nuestro héroe, más muerto que vivo, en la barca de Pedro.

Cuando terminaban los fuegos artificiales, el Dux, inclinándose en su sillón, recogió á sus pies un billete sin nombre, en el cual vió escritas estas palabras: «El Dux Faliero se ha casado con una hermosa mujer; pero otros la poseen también.» El rostro del anciano se enrojció de cólera al leer estas frases, y juró en alta voz que descubriría y castigaría sin piedad al insolente autor de tan sangrienta injuria. Apenas formulada esta amenaza, y como dirigiese á su alrededor miradas furiosas, divisó otra vez á Miguel Steno, que parecía escarnecerle en medio de la multitud. «¡Que detengan á ese hombre, gritó; solamente él puede ser el culpable!» Un murmullo de descontento circuló en la multitud cuando los esbirros ejecutaron aquella orden; el pueblo y los patricios protestaron contra aquel acto despótico que condenaba á un hombre por una simple sospecha; los senadores abandonaron su puesto; y únicamente Marino Bodoeri comenzó á recorrer los grupos del pueblo, procurando explicar la orden dada por el soberano, y haciendo recaer toda la culpa en Miguel Steno. Este era, efectivamente, el autor del anónimo, y él quien lo había dejado caer expresamente al pie del sillón ducal. El Consejo de los Diez, á quien

se confiara la misión de castigar el atentado, transfirió sus atribuciones al Consejo de los Cuarenta, al que Steno pertenecía; y el fallo de este tribunal condenó al culpable á un mes de destierro. Este castigo, casi irrisorio por lo indulgente, atendida la gravedad de la falta, debió hacer presumir á Marino Faliero que la nobleza llevaría poco á poco hasta el extremo sus pretensiones y su audacia.

Algunos días después, Antonio reflexionaba tristemente en su fatal amor, y la anciana Margarita hacía inútiles esfuerzos para distraerle de aquel pensamiento fijo que le consumía como la fiebre. Cierta día entró en la casa poseída de uno de aquellos accesos á que estaba sujeta; reanimó los restos del fuego, que se apagaba, colocó sobre un trípode una vasija de bronce llena de toda especie de composiciones vegetales, y activó su ebullición, profiriendo las carcajadas de costumbre.

—Tonino, querido Tonino— exclamó al fin, cuando le faltaron ya las fuerzas— ¿podrías tú adivinar de dónde vengo?

El joven la miró fijamente sin contestar.

—Tonino— prosiguió Margarita— acabo de verla; hace poco estaba á su lado, y he podido hablar con la hermosa Annunziata.

—¿Quieres hacerme perder la poca razón que me queda?— exclamó Antonio.

—Te traigo, por el contrario, la felicidad y la esperanza— replicó Margarita.— Escucha, hijo mío: hace un momento compraba yo frutas en la Piazzetta, cuando de pronto oí voces confusas que referían un accidente ocurrido á la esposa del Dux; una voz decía: «Un escorpión la ha picado en el brazo derecho, y la herida no dejará de ser peligrosa; mi amo, el sabio doctor Giovanni Basseggio, ha ido á ver á la paciente, y sin duda habrá practicado ya la amputación del

miembro.» En el interior del palacio se oyó después un estrépito espantoso, abrióse una puerta, y todos se pasaron de mano en mano un enanito de la más horrible fealdad que se puede imaginar; los guardias le arrojaron como una pelota por la escalera; y los transeúntes, atraídos por aquella escena, formaron círculo al rededor del pobre enano, lleno de contusiones y aturdido por su caída. En el mismo instante, y con un movimiento rápido como el rayo, el hombre que acababa de explicar el accidente se precipita sobre aquel extraño sér, le recoge, envuélvele en una punta de su capa y se dirige corriendo hacia el mar, donde le esperaba una góndola que se alejó al punto de la orilla. El enano no era otro sino el pequeño doctor Giovanni Basseggio, cuya consulta, según parece, no había sido aceptada por el Dux. En cuanto á mí, querido Tonino, he vuelto á casa sin perder un minuto; he puesto á cocer las drogas cuyo secreto poseo, y he llevado el remedio de Annunziata al palacio ducal. Cuando llegué, introdujéronme hasta la habitación de la hermosa enferma, que echada sobre unos cojines, no hacía más que repetir con su dulce voz: «¡Estoy envenenada; voy á morir!...» Después de consolarla y animarla, apliqué á la herida mi unguento milagroso, y en el mismo instante manifestóse el alivio. El Dux, transportado de alegría, lléname las manos de monedas de oro, diciéndome: «¡Tu fortuna está hecha si salvas á mi esposa!» Y saliendo de la habitación, nos deja solas á las dos. Annunziata cede poco á poco á la influencia de un sueño dulce y reparador; duerme por espacio de tres horas con la mayor tranquilidad; y apenas despierta, aplico otra vez el remedio. La joven fija en mí una mirada radiante de alegría, y yo la digo con voz cariñosa:

—Querida princesa, Dios debía sin duda salvaros, porque no deja nunca sin recompensa una buena acción, y yo sé que en otro tiempo vos preservasteis á un

pobre joven de la mortal picadura de una serpiente.

Al oír estas palabras, su rostro se iluminó.

—Buena anciana—me dijo—¿cómo podéis saber?... Ya me acuerdo... era un hermoso muchacho.

—Pues ese muchacho—repliqué yo, sin poder resistir á mi primer impulso—existe aún y está en Venecia; hállase cerca de aquí, sólo piensa en vos, y sólo de vos habla, porque sois el único objeto de su amor; él es quien, para volver á veros una vez más de cerca, emprendió la peligrosa ascensión del jueves; él es quien os ofreció el ramo...

—¡Ah!—exclamó Annunziata—mis presentimientos no me habían engañado; adiviné que era él por mi turbación cuando, inclinándose ante mí, pronunció mi nombre en voz tan baja, que nadie pudo oírle. Buena anciana, ¿sabes dónde está ese joven? Necesito verle y hablarle; corre y tráele á mi presencia.

Al oír estas últimas palabras, Antonio se estremeció como si hubiese circulado por su cuerpo una corriente eléctrica.

—¡Señor—exclamó levantando las manos al cielo—Señor, líbrame de todo mal hasta que haya vuelto á verla, aunque sólo sea una sola vez para estrecharla contra mi corazón! Después me será la muerte más dulce, y habré vivido lo bastante, puesto que el destino nos separa para siempre.

El pobre joven, loco de alegría y de impaciencia, deseaba que la anciana Margarita le condujese al punto al palacio ducal, y no le costó poco á la anciana hacerle comprender que aquella visita era imposible, porque el Dux entraba de hora en hora en la habitación de Annunziata, para observar con tierna solicitud los progresos de su curación.

Transcurrieron aún varios días durante los cuales el restablecimiento de la bella Annunziata continuó su curso; la anciana iba diariamente al palacio, mas no

le era posible introducir al joven Antonio, quien se consolaba haciendo repetir á Margarita cien veces sus conversaciones con la esposa del Dux, pues se hablaba de él. Una vez enterado de todo, iba a vagar por la orilla de las lagunas, devorando su pena y su angustia; pero aquellas excursiones solitarias fatigaban su cuerpo, sin calmar el fuego de su pasión ni disminuir su inquietud; de modo que todas las tardes pasaba las horas meditando en la escalera del palacio ducal donde habitaba la dama de sus pensamientos.

Una tarde, á la hora en que el sol poniente ilumina con sus rayos de oro la púrpura del firmamento, Pedro el gondolero cantaba, apoyado contra un pilar del Puente de los Suspiros. Su embarcación, amarrada en un anillo de hierro, balanceábase graciosamente con sus brillantes banderolas, agitadas por la fresca brisa. Aquella bonita góndola, adornada con particular esmero, parecía una copia en miniatura del famoso *Bucentauro*, el barco de honor; y Pedro cantaba, mirando distraído las ondas, cuando divisó á pocos pasos á su amigo de otro tiempo, Antonio, más triste y sombrío que nunca.

—¡Hola! maese Antonio—gritó el gondolero—Dios quiera que volváis á estar alegre, pues los cequies que me disteis me han traído suerte, según podéis ver.

Antonio le preguntó á qué feliz casualidad debía el hallarse tan bien vestido y dueño de una góndola cuya posesión hubieran envidiado las más opulentas damas de Venecia. Pedro se apresuró á notificar á su antiguo amigo que tenía el honor de conducir casi todas las noches al Dux y á su esposa á la Giudecca, donde Falliero había mandado construir una magnífica quinta de recreo.

—Amigo mío—dijo Antonio—hazme otro favor y te daré tanto oro como la primera vez; sólo quiero que

esta noche me dejes ocupar tu puesto para conducir al Dux á la Giudecca.

—¡Imposible!—contestó Pedro—el Dux me conoce y no lo permitirá.

Y como Antonio, dominado por su pasión, insistiese con singular perseverancia, el marinero comenzó á reirse, diciendo:

—¡Ah, maese Antonio, estáis enamorado de los ojos de ángel de la princesa!

Después de discutir un poco, y para conciliar sus deberes con el interés que tenía en servir á su antiguo compañero, Pedro consintió en dejarle permanecer á su lado para remar, y se convino en que se excusaría con Faliero, alegando una súbita indisposición, lo cual explicaría la presencia de un desconocido. Antonio se arregló muy pronto su traje de marinero y disfrazó sus facciones con un enorme bigote postizo. Apenas terminada esta operación, volviendo á reunirse con su amigo, vió llegar al Dux acompañado de Annunziata.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Faliero.

Pedro se excusó lo mejor que pudo, alegando que, á causa de un súbito malestar no podría conducir él mismo la góndola; y el Dux, seguro de que el nuevo auxiliar sería bien conocido de su compañero, consintió en admitirle.

Antonio creía estar en la puerta del cielo; sólo el roce del vestido de la hermosa joven le embriagaba; respiraba el mismo aire, veíala y la oía; pero dominaba sus sensaciones, conservando casi siempre la vista baja, á la vez que remaba con un vigor desesperado, para alejar por la fatiga física los peligros de una exaltación á la cual temía no poder resistir largo tiempo. El anciano Dux, sentado junto á su esposa, prodigábale las más tiernas caricias; y cuando la góndola hubo llegado al centro del puerto, á un sitio desde donde se

desarrollaban como un grandioso panorama los más suntuosos edificios de Venecia, Faliero, levantando con orgullo su cabeza blanqueada por los años, dijo á la princesa:

—¡Amada mía, todos esos esplendores te pertenecen! ¿No es muy grato vagar así sobre las tranquilas ondas con el señor del mar? Escucha ese dulce murmullo de las aguas, semejante al canto de amor con que el Adriático saluda el paso de su prometida; sí, encantadora Annunziata, tú llevas en el dedo mi anillo de boda; pero las aguas que ahora nos conducen, conservan en su seno otro como prenda de mi soberanía.

Cuando el Dux acababa de pronunciar estas palabras, una voz lejana cantó la siguiente estrofa:

Ah! senza amare,
andare sul mare,
col sposo del mare,
non può consolare (1).

Otras voces se unieron en coro con la primera; después la canción se extinguió gradualmente, mezclándose con los suspiros de la brisa nocturna. El anciano Faliero no pareció comprender las palabras de aquella estrofa, y explicaba á la joven el origen y los detalles de la ceremonia del día de la Ascensión.

El Dux enumeraba las victorias de la república veneciana; refería la conquista de Istria y de Dalmacia por Pedro Orseolo II, con el cual se relaciona la ceremonia de los desposorios del mar; pero Annunziata no le escuchaba; con la vista fija en las olas, parecía buscar alguna cosa en el horizonte, y sólo oía el murmu-

(1) ¡Ah, bogar sobre las olas con el prometido del mar, no puede consolar á un corazón sin amor!

llo de las aguas, que parecían repetir la copla misteriosa de la canción de los gondoleros. *Senza amare— senza amare — non può consolare*; y las lágrimas se deslizaban bajo sus párpados velados, dilatándose su hermoso seno por una inexplicable emoción. El Dux proseguía sus relatos sin ver nada; y así llegaron á la quinta de Giudecca. Annunziata, sin poder ocultar sus lágrimas, no tenía ya miradas ni pensamiento. En aquel instante, otra góndola tocó en la orilla; en ella iba Bodoeri; los otros pasajeros eran mercaderes, artistas y gente del pueblo, y todos se dirigieron hacia el palacio en pos del Dux.

El día siguiente pareció interminable para Antonio; había sabido por Margarita que Annunziata estaba triste, y que concedora de su disfraz de la víspera, suplicábale que no tratara de volver á verla y se alejase de Venecia. Esta noticia fué un rayo para nuestro héroe; su espíritu se exaltó, los temores y peligros desaparecieron para él; quiso ver á la hermosa Annunziata, confesarle todo, y morir á sus pies. Á la caída de la tarde salió de su casa, y poco después deslizábase en el palacio ducal; pero cuando subía sin ruido por la escalera de honor, vió de pronto una viva claridad, y antes de que pudiese huir ú ocultarse, divisó á Marino Bodoeri seguido de algunos lacayos que le alumbraban con hachas.

Bodoeri, fijando una mirada en Antonio, hízole seña para que le siguiese, y el joven, creyéndose descubierto, dejóse conducir sin murmurar una queja. Llegados á una sala retirada, Bodoeri se detuvo, abrazó á Antonio, dióle gracias por su puntualidad, y le habló de un puesto peligroso que sería preciso defender aquella misma noche. El joven creyó soñar, pero recobrado de su primera sorpresa, las palabras de Bodoeri le iniciaron en el secreto de una vasta conspiración, cuyo jefe era el Dux en persona, y que debía estallar á las

pocas horas, según el plan convenido con Faliero. El objeto de aquella trama era aniquilar á la nobleza y conferir al Dux el título de capitán general de la república de Venecia. Antonio miraba fijamente á Bodoeri, y como no contestaba nada á sus revelaciones, el patricio gritó furioso:

— ¡Cobarde! no saldrás de aquí, quien quiera que seas, hasta que yo sepa tu resolución. Prepárate á morir por nuestra seguridad, ó á tomar las armas para servirnos; pero ante todo mira á ese hombre...

A una señal de Bodoeri, Antonio fijó sus miradas en el fondo de la habitación: en la parte más oscura de ella veíase en pie á un hombre de facciones sombrías, pero que revelaban nobleza, y apenas le hubo divisado Antonio, cayó de rodillas, y tendiendo los brazos, exclamó:

— ¡Vos sois mi padre adoptivo! ¡Vos sois Bertuccio Nenolo, mi bienhechor!

— Sí—contestó Nenolo, estrechando contra su corazón al joven;—sí, yo soy Bertuccio, á quien creías perdido para siempre. Acabo de escapar de las cadenas del fiero Morbassan, y vengó á consagrar las fuerzas que conservo á la liberación de mi patria. Antonio, si no quieres empuñar las armas contra los nobles que oprimen á Venecia por sus exacciones de todo género, vé al patio del Fontego, y allí verás, escrito con manchas de sangre, el asesinato de tu padre, inmolado por los nobles. Cuando la Señoría alquilaba á los mercaderes alemanes el sitio llamado Fontego, los inquilinos no podían llevarse las llaves de sus almacenes cuando les era preciso viajar; y tu padre había pagado una considerable multa por la infracción de esta ley; pero no se limitó á esto la persecución de que fué objeto por parte del *Fondegaro*; al volver, la justicia visitó sus depósitos, y hallóse en ellos un cajón de moneda falsa de Venecia, oculta allí por traición cuando estaba ausen-

te. Este solo hecho, y del que tu desgraciado padre no se pudo justificar sino por inútiles juramentos, pareció suficiente para condenarle á la pena capital; la iniqua sentencia se ejecutó en medio del Fontego; y yo, el último amigo de tu padre, el único que se ha conservado fiel á su memoria, te recogí y he ocultado hasta ahora el nombre de tu familia. ¡Levántate ahora, Antonio Dalburger, levántate y ven á vengar la sangre de tu padre!...

Antonio juró que su venganza sería inexorable.

A consecuencia de una disputa, el jefe de la marina, Dandolo, había levantado la mano contra Bertuccio Nenolo, y éste se vengaba tomando parte en una conspiración que se había organizado secretamente contra los nobles. Nenolo y Bodoeri se valían de su crédito para elevar á Faliero al poder absoluto, esperando recibir una gran parte de los beneficios. Todo estaba previsto en el plan de ataque: una falsa alarma debía hacer creer en un momento dado que la flota genovesa entraba en las lagunas; y á favor del desorden que produciría ésta noticia, propagada por la noche en la ciudad, los conjurados se apoderarían del campanario de San Marcos para tocar á rebato. La lucha se empeñaría en todos los puntos; tomados los puestos, se sacrificaría á sus defensores; ni un solo noble debía escapar de la matanza, y el Dux subiría al poder absoluto por una escalera de cadáveres.

Pero entre los conjurados se habían introducido, como sucede casi siempre en casos semejantes, algunos traidores; y el consejo de los Diez, avisado á tiempo, vigilaba los conciliábulos. Un traficante en pieles de Pisa, Venciano, queriendo salvar á su amigo Nicolo Leoni, individuo de dicho consejo, dió á conocer el plan de la conspiración; el consejo se reunió en San Salvador y adoptó las medidas necesarias para la seguridad de Venecia.

Antonio se había encargado de hacer tocar las campanas de San Marcos; mas al llegar á la torre, encontróla custodiada por tropas que pusieron en fuga á sus compañeros, y á duras penas pudo escapar él mismo á favor de la oscuridad. Detrás de él corría sin aliento un hombre, que al principio tomó por enemigo, pero era el fiel Pedro.

—Amigo mío—dijo al joven—no puedes perder un solo minuto si quieres salvarte. ¡Salta á mi góndola, todo está perdido! ¡Bodoeri y Nenolo se hallan ya cargados de cadenas; el palacio ducal ha sido bloqueado, y los mismos guardias del Dux le tienen prisionero!

Antonio se dejó llevar: oyéronse algunos gritos lejanos y ruido de armas, y á esto siguió un silencio de muerte: aquella revolución había durado una hora. Cuando el alba despuntó, el pueblo pudo presenciar, al despertarse, un lúgubre espectáculo.

El consejo de los Diez había juzgado y hecho ejecutar sus sentencias aquella misma noche; los jefes de la conjuración estaban ahorcados, y sus cadáveres se balanceaban, pendientes del hierro de los balcones de la Piazzetta, frente al palacio ducal: entre ellos se podía reconocer á Bertuccio Nenolo y á Marino Bodoeri.

Dos días después, el Dux Marino Faliero moría decapitado en el peldaño más alto de la escalera de los Gigantes.

Antonio Dalburger había escapado milagrosamente de aquellas terribles represalias, y durante largo tiempo anduvo errante por la ciudad consternada, como un hombre privado de razón: no recobró su inteligencia ni se dió cuenta de lo que pasaba hasta que vió saltar sobre las baldosas de mármol la cabeza del anciano Dux.

—¡Annunziata!—exclamó poseído de terror; y co-

riendo hacia el palacio, franqueó después las galerías como un loco y abrió todas las puertas sin encontrar obstáculo alguno. En su camino encontró, como un presagio fatal, á la anciana Margarita, afligida y llorosa; ambos se dirigieron á la habitación de la esposa del Dux, y encontraron á la bella Annunziata tendida en el suelo sin conocimiento. Antonio la levantó con la mayor solicitud, y cuando abrió los ojos, su primera mirada reveló á la vez el amor y el espanto.

—¡ Oh! ¡ huyamos, amor mio—exclamó Antonio—huyamos de esta ciudad sangrienta!

Margarita propuso buscar un asilo en Chiezza, donde se cambiaría de camino para volver á Alemania, patria de Antonio. El buen Pedro buscó la barca.

Al cerrar la noche, Annunziata, cubierta con un largo velo, salió furtivamente del palacio, seguida de su amante y de la fiel Margarita, que llevaba oculto un cofrecillo lleno de oro y de alhajas. Sin hallar obstáculo llegaron hasta la embarcación; Antonio empuñó los remos, y la hizo avanzar rápidamente. La luna, saliendo en aquel momento de entre las nubes, iluminó con sus amorosos reflejos la espuma de las olas, cual si quisiera favorecer á los fugitivos.

Apenas estuvo la embarcación en alta mar, el cielo se cubrió de pronto de negras nubes, que el viento norte impelía con furia al través del espacio; y en el horror de las tinieblas, en medio de los mugidos de la tempestad, los fugitivos corrian de abismo en abismo. La anciana Margarita oraba fervorosamente; Antonio, no pudiendo resistir al embate de las olas, dejó caer los remos, cogió en brazos á su amada, pálida y moribunda, y estrechóla contra su corazón.

—¡ Antonio!

—¡ Annunziata!

Estos fueron los últimos gritos humanos que se mezclaron con la tempestad.



ANNUNZIATA